



FIAC FORO INTERNACIONAL
ACCIÓN CATÓLICA

AMORIS LAETITIA

EN LA VIDA Y MISIÓN
DE LA ACCIÓN CATÓLICA



ALGUNOS APORTES PARA QUE LAS AC ASUMAN
DECIDIDAMENTE LA EXHORTACIÓN APOSTÓLICA
AMORIS LAETITIA

ÍNDICE



- 1 / ➡ Presentación
- 2 / ➡ 1. Una mirada nueva. La familia no es un problema sino una oportunidad
- 5 / ➡ 2. La alegría el amor entre el tiempo y lo eterno
- 11 / ➡ 3. Una trama de buenas relaciones
- 14 / ➡ 4. La alianza Iglesia-familia
- 22 / ➡ 5. La contribución de la Acción Católica
- 25 / ➡ Oración a la Sagrada Familia
- 26 / ➡ Índice “Amoris Laetitia”

El texto que proponemos querría ser una invitación a la lectura de *Amoris Laetitia*, la exhortación post-sinodal en la que el papa Francisco recoge y relanza todo lo que ha emergido del largo camino sinodal dedicado a la familia.

Su lectura, ha de ser inspiradora de acciones de una Acción Católica en salida, protagonista de una verdadera y profunda transformación misionera, que vivifique la vida de los organismos de conducción y de los grupos parroquiales, y anunciar de tal modo la belleza de la fe en las familias y posibilitar la integración a un camino en comunidad que ayude a encontrarse cada vez más plenamente con Jesús, rico en misericordia.

También, han de motivar una reflexión personal y en familia de nuestros miembros para asumir cada vez más plenamente la llamada “al amor y para el amor” y ayudarnos a *articular* con otros actores sociales de la comunidad, que detectan síntomas problemáticos en la vida familiar (escuelas, Centros sanitarios, Clubes, fuerzas del orden,...) para de tal modo de incidir positivamente en la orientación y ayuda frente a las necesidades de las familias, en realidades concretas.

La inspiración de *Amoris Laetitia* ha ser también motivo de diálogo con los organismos públicos para favorecer con leyes y estrategias la promoción de la vida familiar como bien social y humano para cada persona del planeta.

Ha de servir de guía para nuestra acción pastoral dentro de la Iglesia a fin de promover una catequesis de crecimiento en el amor familiar proactiva, participativa, estimulante, que abarque a los adolescentes y jóvenes, a los novios y esposos en sus primeros años de vida, en el transcurrir de la vida matrimonial-especialmente en los pasos de ciclos vitales-y contribuir así, a un acompañamiento maduro y fraterno de las familias.

1. Una mirada nueva. La familia no es un problema sino una oportunidad

Lo que se pone en evidencia antes de comenzar a tomar en las manos AL es el hecho que se trata de un texto destinado a todos: no a los expertos de la pastoral familiar y tampoco sólo para los que están casados, sino a todos nosotros que venimos de una familia y formamos parte de una, convencidos que la familia está en el corazón de todos y está en el corazón de toda la Iglesia y que solamente volviendo a partir de la familia es posible anunciar el Evangelio hoy.

En el quirógrafo [manuscrito] que acompañó la entrega de la exhortación a todos los obispos del mundo encontramos escrito:

Querido hermano, invocando la protección de la Sagrada Familia de Nazareth, tengo el agrado de enviarte mi Exhortación Amoris laetitia para el bien de todas las familias y de todas las personas, jóvenes y ancianas, confiadas a tu ministerio pastoral.

Hablar de la familia, detenerse a considerar el valor insustituible es un bien para todos y es algo de lo cual hay gran necesidad.

Todo el documento es una invitación cordial a reconsiderar la realidad de la familia, a detenerse a reflexionar sobre cuánto se vive en ella para

aprender a descubrirla como lugar en la que la gracia del Señor actúa, no a pesar de, sino precisamente a través de nuestras imperfecciones, sufrimientos, alegrías, cansancios y buenos propósitos cotidianos.

La clave de lectura, dada desde el comienzo y confirmada continuamente, es que la familia es “espacio teologal”.

“La presencia del Señor habita en la familia real y concreta, con todos sus sufrimientos, luchas, alegrías e intentos cotidianos” (AL 315).

La invitación es reconocer esta presencia, a reconocer en la propia historia familiar el mensaje de Dios (cf. AL 30).

Se trata de un verdadero y propio cambio de perspectiva: Debemos ser humildes y realistas, para reconocer que a veces nuestro modo de presentar las convicciones cristianas y el modo de tratar a las personas humanas han ayudado a provocar lo que hoy lamentamos, por lo cual nos corresponde una saludable reacción de autocrítica. Por otra parte, con frecuencia presentado de tal modo el matrimonio que su fin unitivo, el llamado a crecer en el amor y el ideal de ayuda recíproca quedó opacado por un acento casi excluyente en el

deber de la procreación. Tampoco hemos hecho un buen acompañamiento de los nuevos matrimonios en sus primeros años, con propuestas adaptadas a sus horarios, a sus lenguajes, a sus inquietudes más concretas. Otras veces hemos presentado un ideal teológico del matrimonio demasiado abstracto, casi artificiosamente construido, lejos de la situación concreta y de las posibilidades efectivas de las familias reales. Esta idealización excesiva, sobre todo cuando no hemos despertado la confianza en la gracia, no ha hecho que el matrimonio sea más deseable y atractivo, sino todo lo contrario. (AL 36).

“Durante mucho tiempo hemos creído que con solo insistir en cuestiones doctrinales, bioéticas y morales, sin motivar la apertura a la gracia, ya sosteníamos suficientemente a las familias, consolidábamos el vínculo de los esposos y llenábamos de sentido sus vidas” (AL 37).

El anuncio cristiano que se refiere a la familia es “verdaderamente una buena noticia” (AL, 1) para toda la humanidad. Todos deben sentirse llamados “a cuidar con amor la vida de las familias, porque ellas ‘no son un problema, son principalmente una oportunidad” (AL, 7). La familia es el futuro del mundo, el motor de la historia. Aprender a estimar los

dones del matrimonio y de la familia ayuda a “sostener un amor fuerte y lleno de valores como la generosidad, el compromiso, la fidelidad o la paciencia. En segundo lugar, porque procura alentar a todos para que sean signos de misericordia y cercanía allí donde la vida familiar no se realiza perfectamente o no se desarrolla con paz y gozo” (AL 5).

A todos nosotros se nos pide observar con cuidado a la familia, a nuestras familias, con una mirada nueva aprender a contemplarlas con la mirada de Dios.



Signos de interrogación

A nivel personal

- ¿Cómo miro mi esperanza de familia? ¿Se hacer memoria de su historia con agradecimiento?
- ¿Cuánto me detengo a considerar la acción de la gracia dentro de esta historia?
- ¿Qué lenguaje utilizo al hablar de mi familia?

A nivel de Iglesia

- ¿Qué espacio y cuál atención reservamos a la familia en el compromiso pastoral?
- ¿Cuál es el lenguaje con el que hablamos?
- ¿Se advierte en las homilías, en las catequesis, en la comuni-



cación cotidiana una actitud de estima respecto a la familia?

- ¿Las familias se sienten acogidas en la comunidad eclesial? ¿Nos preocupamos de crear las condiciones para que la comunidad sea casa acogedora para ellas? ¿De qué modo?

A nivel de Acción Católica

- ¿Cuándo, cómo, con quién hablamos de familia?
- ¿Somos capaces de advertir la centralidad de la familia fuera de lógicas de especialización y de sectorialización (la familia no como una parte para absolutizar, sino como una clave de lectura, una aproximación global que es el centro a las relaciones)?
- ¿Cuánto valoramos la intergeneracionalidad en los caminos formativos y en la vida de la Acción Católica?
- La Acción Católica “formato de familia”: ¿qué significa para nosotros?

A nivel social/comunitario

- ¿Qué realidades de familias hay en nuestro entorno social?
- ¿Qué se percibe como necesidad en las familias de nuestras comunidades?
- ¿Qué “luces y sombras” se descubren en la sociedad acerca de la familia como espacio de amor y de encuentro?

Como conclusión de esta triple mirada

- ¿Qué acciones concretas podemos proponernos para transformar positivamente la realidad a partir de lo compartido?



Proponerse tres acciones

2. La alegría el amor entre el tiempo y lo eterno

La presencia de Dios no está en la perfección, que no se da jamás, y tampoco en nuestro esfuerzo voluntarista hacia la perfección. “El amor convive con la imperfección” (AL 113). En la vida de nuestras familias no se puede pedir que exista la perfección, ni que el otro sea perfecto o nos ame con un amor perfecto. Lo único absoluto que hay que reconocer como tal es el amor del Señor, de quien nos debemos dejar conducir y en quien aprender a amar y a aceptarnos.

La perfección del amor está en la raíz que nos es dada y no falla jamás; y está en el cumplimiento, también donado, para invocar y al que contribuir no dejando jamás de crecer en el amor.

Esta forma tan particular de amor que es el matrimonio, está llamada a una maduración constante, porque hay que aplicarle siempre aquello que santo Tomás de Aquino decía de la caridad: «La caridad, en razón de su naturaleza, no tiene límite de aumento, ya que es una participación de la caridad infinita que es el Espíritu Santo. [...] Tampoco por parte del sujeto se

le puede prefijar un límite, porque al crecer la caridad sobrecrece también la capacidad para un aumento ulterior». San Pablo exhortaba con fuerza: «Que el Señor os haga progresar y sobreabundar en el amor de unos con otros» (1Ts 3, 12); y agrega: «En cuanto al amor mutuo [...] os exhortamos, hermanos, a que sigáis progresando más y más» (1Ts 4, 9-10). Más y más. El amor matrimonial no se cuida ante todo hablando de la indisolubilidad como una obligación, o repitiendo una doctrina, sino afianzándolo gracias a un crecimiento constante bajo el impulso de la gracia. El amor que no crece comienza a correr riesgos, y podemos crecer solamente respondiendo a la gracia divina [...]. El don del amor divino que derrama sobre los esposos es al mismo tiempo un llamado a un desarrollo constante de este regalo de la gracia». (AL 134)

No hacen bien algunas fantasías sobre un amor idílico y perfecto, privado así de todo estímulo para crecer. Una idea celestial del



amor terreno olvida que lo mejor es lo que todavía no ha sido alcanzado, el vino madurado con el tiempo. Como recordaron los Obispos de Chile, «no existen las familias perfectas que nos propone la propaganda falaz y consumista. En ellas no pasan los años, no existe la enfermedad, el dolor ni la muerte [...] La propaganda consumista muestra una fantasía que nada tiene que ver con la realidad que deben afrontar, en el día a día, los jefes y jefas de hogar». Es más sano aceptar con realismo los límites, los desafíos o la imperfección, y escuchar el llamado a crecer juntos, a madurar el amor y a cultivar la solidez de la unión, pase lo que pase. (AL 135)

La perfección del amor, la plenitud de la comunión no es la de pretender, sino la de construir con humildad y tenacidad, y de aceptar como lo que nos es prometido y lo que nos será donado más allá de cada limitación nuestra, más allá de toda imaginación y espera nuestras.

Las palabras del Maestro (cf. Mt 22, 30) y las de san Pablo (cf. 1Co 7, 29-31) sobre el matrimonio, están insertas —no casualmente— en la dimensión última y definitiva de nuestra existencia, que necesitamos recuperar. De ese modo, los matrimonios podrán reconocer el

sentido del camino que están recorriendo. Porque, como recordamos varias veces en esta Exhortación, ninguna familia es una realidad celestial y confeccionada de una vez para siempre, sino que requiere una progresiva maduración de su capacidad de amar. Hay un llamado constante que viene de la comunión plena de la Trinidad, de la unión preciosa entre Cristo y su Iglesia, de esa comunidad tan bella que es la familia de Nazaret y de la fraternidad sin manchas que existe entre los santos del cielo. Pero además, contemplar la plenitud que todavía no alcanzamos, nos permite relativizar el recorrido histórico que estamos haciendo como familias, para dejar de exigir a las relaciones interpersonales una perfección, una pureza de intenciones y una coherencia que sólo podremos encontrar en el Reino definitivo. También nos impide juzgar con dureza a quienes viven en condiciones de mucha fragilidad. Todos estamos llamados a mantener viva la tensión hacia un más allá de nosotros mismos y de nuestros límites, y cada familia debe vivir en ese estímulo constante. Caminemos familias, sigamos caminando. Lo que se nos promete es siempre más. No desesperemos por nuestros límites, pero tampoco renunciemos a buscar la plenitud

de amor y de comunión que se nos ha prometido. (AL 325)

“No es necesario por eso dejar de caminar sin desalentarse frente a la esperanza del límite y gozando de la fuerza que los vínculos que logramos construir, sabiendo que nada del amor se pierde, que cada fragmento de bien en la historia de nuestros vínculos será asumido y llevado a su cumplimiento, florecerá en la plenitud de la comunión de la fiesta sin fin.

El tiempo de la vida de las familias se comprende sólo en relación a la plenitud de la comunión que es la vida de Dios y que es la raíz, la respiración, el cumplimiento. En el sacramento del matrimonio los esposos están unidos por el amor mismo de Dios en el amor que se prometen y se dan recíprocamente. El sacramento no está en los hombros como algo acontecido que permanece allí, similar a una cosa; es dinamismo, fuerza que transforma y regenera, fuente viva de la cual extraer en los tiempos y en las estaciones de la vida familiar que brota de ella. Insertados en Cristo Jesús, los cónyuges son conformes a Él, hechos partícipes en Él de la vida de Dios que es vida de comunión, pero en una dinámica que suscita la responsabilidad, la capacidad de una adhesión libre y de un compromiso activo de custodia y de cuidado.

Hay que ayudar a advertir que el sacramento no es sólo un momento que luego pasa a formar parte del

pasado y de los recuerdos, porque ejerce su influencia sobre toda la vida matrimonial, de manera permanente” (AL 215).

Un desafío de la pastoral familiar es ayudar a descubrir que el matrimonio no puede entenderse como algo acabado. La unión es real, es irrevocable, y ha sido confirmada y consagrada por el sacramento del matrimonio. Pero al unirse los esposos se convierten en protagonistas, dueños de su historia y creadores de un proyecto que hay que llevar adelante juntos. La mirada se dirige al futuro que hay que construir día a día con la gracia de Dios [...]. A los nuevos cónyuges hay que mostrarles esto con claridad realista desde el inicio, de manera que tomen conciencia del hecho que «están comenzando». El “sí” que se intercambiaron es el inicio de un itinerario, con un objetivo capaz de superar lo que planteen las circunstancias y los obstáculos que se interpongan. La bendición recibida es una gracia y un impulso para ese camino siempre abierto. Suele ayudar el que se sienten a dialogar para elaborar su proyecto concreto en sus objetivos, sus instrumentos, sus detalles. (AL 218)

El camino implica pasar por distintas etapas que convocan a donarse con generosidad: del



impacto inicial, caracterizado por una atracción marcadamente sensible, se pasa a la necesidad del otro percibido como parte de la propia vida. De allí se pasa al gusto de la pertenencia mutua, luego a la comprensión de la vida entera como un proyecto de los dos, a la capacidad de poner la felicidad del otro por encima de las propias necesidades, y al gozo de ver el propio matrimonio como un bien para la sociedad. (AL 220).

Una de las causas que llevan a rupturas matrimoniales es tener expectativas demasiado altas sobre la vida conyugal. Cuando se descubre la realidad, más limitada y desafiante que lo que se había soñado, la solución no es pensar rápida e irresponsablemente en la separación, sino asumir el matrimonio como un camino de maduración, donde cada uno de los cónyuges es un instrumento de Dios para hacer crecer al otro. Es posible el cambio, el crecimiento, el desarrollo de las potencialidades buenas que cada uno lleva en sí. Cada matrimonio es una «historia de salvación», y esto supone que se parte de una fragilidad que, gracias al don de Dios y a una respuesta creativa y generosa, va dando paso a una realidad cada vez más sólida y preciosa. Quizás la misión más grande de un hombre y una

mujer en el amor sea esa, la de hacerse el uno al otro más hombre o más mujer. Hacer crecer es ayudar al otro a moldearse en su propia identidad. Por eso el amor es artesanal. Cuando uno lee el pasaje de la Biblia sobre la creación del hombre y de la mujer, ve que Dios primero plasma al hombre (cf. Gn 2, 7), después se da cuenta de que falta algo esencial y plasma a la mujer, y entonces ve la sorpresa del varón: «¡Ah, ahora sí, ésta sí!». Y luego, uno parece escuchar ese hermoso diálogo donde el varón y la mujer se van descubriendo. Porque aun en los momentos difíciles el otro vuelve a sorprender y se abren nuevas puertas para el reencuentro, como si fuera la primera vez; y en cada nueva etapa se vuelven a “plasmarse” el uno al otro. El amor hace que uno espere al otro y ejercite la paciencia propia del artesano que ha sido heredada de Dios. (AL 221)

El amor tiene necesidad de tiempo: no de un tiempo para consumir, sino de un tiempo para vivir, para escuchar. Es necesario darse tiempo para saber esperar, para escucharse, comprenderse y perdonarse. Darse tiempo para construir, para dialogar, para proyectar y para “negociar”.

La maduración del amor implica también aprender a 'negociar'. No es una actitud interesada o un juego de tipo comercial, sino en definitiva es un ejercicio del amor mutuo, porque esta negociación es un entrelazado de recíprocas ofrendas y renunciaciones para el bien de la familia. En cada nueva etapa de la vida matrimonial hay que sentarse a volver a negociar los acuerdos, de manera que no haya ganadores y perdedores sino que los dos ganen. En el hogar las decisiones no se toman unilateralmente, y los dos comparten la responsabilidad por la familia, pero cada hogar es único y cada síntesis matrimonial es diferente. (AL 220)

A pesar de la fragilidad en el tiempo, el matrimonio y la familia nos hacen comprender que estamos hechos para la comunión, hechos para estar en relación con la imagen del Dios Trino y que "la unidad de todo el género humano en la "unión íntima con Dios" es el fin último que guía la historia humana, así como la existencia de cada uno de nosotros.

Querer formar una familia es tener la valentía de formar parte del sueño de Dios, la valentía de soñar con Él, la valentía de construir con Él, la valentía de jugar con Él esta historia, de construir un mundo donde nadie se sienta solo. (AL 321)



Signos de interrogación

A nivel personal

- ¿Qué sentido doy a la alegría del amor?
- ¿Qué conexión concibo entre alegría y responsabilidad en la vida de mi familia? ¿Soy capaz de experimentar la alegría de las dificultades y las dificultades de cada día?
- ¿Soy capaz de comprender mi historia familiar como un camino?
- ¿En nuestra familia no nos detenemos nunca a repensar y a proyectar juntos esta historia?
- ¿Logramos darnos tiempo?
- ¿Cómo me relaciono con la experiencia de la imperfección en los vínculos familiares? ¿Cómo se vive la relación con la imperfección en mi familia?

A nivel de Iglesia

- ¿Qué caminos de preparación al matrimonio proponemos? ¿Somos capaces de ayudar a aceptar el don de la gracia que está en el matrimonio y el dinamismo de responsabilidad que genera?
- ¿Sabemos proyectar el camino al que abre el matrimonio? ¿Sabemos ayudar a comprender el sentido último de este camino que hay que construir día a día? ¿Sabemos ayudar a comprender el tiempo en relación con lo eterno? ¿Educamos para estimar



la belleza y la riqueza de las relaciones familiares también en su fragilidad?

- ¿Qué cuidado reserva la comunidad eclesial a las distintas estaciones de la vida familiar? ¿Sabemos acompañar y sostener a las familias en el tiempo?

A nivel de Acción Católica

- ¿Cómo educamos en el cuidado de las relaciones? ¿Formamos en los afectos acorde al sentido del tiempo?
- ¿Qué espacio tiene en nuestros caminos formativos la comprensión del sentido último de la existencia de cada uno y de la historia común?
- ¿Cuánto sabemos sostener y acompañar en el discernimiento vocacional? ¿Somos conscientes que la vocación de cada uno de nosotros tiene necesidad de ser confirmada, consolidada y redescubierta siempre de nuevo?
- ¿Sabemos sostener y acompañar la vida de las familias en las vicisitudes y en las estaciones que señalan el curso? ¿Formamos en la capacidad del discernimiento, en la disponibilidad a buscar en los acontecimientos de la vida y en las relaciones la voluntad del Señor?

A nivel social/comunitario

- ¿Qué “escuchamos” en nuestro entorno social acerca de proyecto vital de ser matrimonio y familia?

- ¿Qué debilidades y fortalezas descubrimos en esta escucha atenta?
- Ante una realidad debilitada en orden a la imagen mediadora de familia para una opción vocacional ¿qué podríamos hacer?

Como conclusión de esta triple mirada

- ¿Qué acciones concretas podemos proponernos para transformar positivamente la realidad a partir de lo compartido?



Proponerse tres acciones

3. Una trama de buenas relaciones

El anuncio del Evangelio pasa a través de la familia por aquello que la familia es y por aquello que es dado experimentar en la familia.

En su unión de amor los esposos experimentan la belleza de la paternidad y la maternidad; comparten proyectos y fatigas, deseos y aficiones; aprenden a cuidarse el uno al otro y a perdonarse mutuamente. En este amor celebran sus momentos felices y se apoyan en los episodios difíciles de su historia de vida [...] La belleza del don recíproco y gratuito, la alegría por la vida que nace y el cuidado amoroso de todos sus miembros, desde los pequeños a los ancianos, son sólo algunos de los frutos que hacen única e insustituible la respuesta a la vocación de la familia tanto para la Iglesia como para la sociedad entera. (AL 88)

La familia puede ser llamada "Iglesia doméstica" porque es en ella que «madura la primera experiencia eclesial de la comunión entre personas, en las que se refleja, por gracia, el misterio de la Santa Trinidad» (AL 86).

También para la sociedad la familia tiene un valor irremplazable. Ella es el lugar en el que se aprende a estar

juntos y a comprender qué significa esto, haciendo experiencias concretas. La familia puede educar como ninguna otra realidad a sentirse parte de un tejido de relaciones y a asumir la responsabilidad de sentirse y ser corresponsables de una vida común. La familia se construye como una trama de relaciones buenas que generan relaciones.

La familia no debe pensar a sí misma como un recinto llamado a protegerse de la sociedad. No se queda a la espera, sino que sale de sí en la búsqueda solidaria. Así se convierte en un nexo de integración de la persona con la sociedad y en un punto de unión entre lo público y lo privado. Los matrimonios necesitan adquirir una clara y convencida conciencia sobre sus deberes sociales. Cuando esto sucede, el afecto que los une no disminuye, sino que se llena de nueva luz. (AL 181)

El amor que se celebra en el matrimonio y que se alimenta de la fuerza santificante del sacramento es un amor que genera vida: en la aceptación de los hijos que el Señor regala, pero también y ante todo en una fecundidad espiritual que es la verdadera sustancia de la paternidad



y de la maternidad, y que hace posible contribuir a generar también los hijos que no nos pertenecen, y el mundo verdaderamente humano.

“Un matrimonio que experimente la fuerza del amor, sabe que ese amor está llamado a sanar las heridas de los abandonados, a instaurar la cultura del encuentro, a luchar por la justicia. Dios ha confiado a la familia el proyecto de hacer «doméstico» el mundo, para que todos lleguen a sentir a cada ser humano como un hermano: «Una mirada atenta a la vida cotidiana de los hombres y mujeres de hoy muestra inmediatamente la necesidad que hay por todos lados de una robusta inyección de espíritu familiar [...] No sólo la organización de la vida común se topa cada vez más con una burocracia del todo extraña a las uniones humanas fundamentales, sino, incluso, las costumbres sociales y políticas muestran a menudo signos de degradación».

En cambio, las familias abiertas y solidarias hacen espacio a los pobres, son capaces de tejer una amistad con quienes lo están pasando peor que ellas. Si realmente les importa el Evangelio, no pueden olvidar lo que dice Jesús: «Que cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 40). En definitiva, viven lo que se nos pide con tanta elocuencia en este

texto: «Cuando des una comida o una cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos. Porque si luego ellos te invitan a ti, esa será tu recompensa. Cuando des un banquete, llama a los pobres, a los lisiados, a los cojos, a los ciegos, y serás dichoso» (Lc 14, 12-14). ¡Serás dichoso! He aquí el secreto de una familia feliz. (AL 183)

Con el testimonio, y también con la palabra, las familias hablan de Jesús a los demás, transmiten la fe, despiertan el deseo de Dios y muestran la belleza del Evangelio y del estilo de vida que nos propone. Así, los cónyuges cristianos pintan el gris del espacio público llenándolo con los colores de la fraternidad, de la sensibilidad social, de la defensa de las personas frágiles, de la fe luminosa, de la esperanza activa. Su fecundidad se amplía y se traduce en miles de maneras de hacer presente el amor de Dios en la sociedad. (AL 184)

Signos de interrogación

A nivel personal

- ¿Cómo vivo en mi familia la apertura al mundo y a los demás?
- ¿Percibo a mi familia como parte de una comunidad más amplia?
- ¿Qué espacio tiene la atención a quien está necesitado?
- ¿En qué consiste para mí la responsabilidad social de ser familia?
- ¿Qué quiere decir llevar el estilo de vida familiar a los lugares de la vida común?
- ¿Qué significa para mí en concreto la definición de la familia como Iglesia doméstica?

A nivel de Iglesia

- ¿Qué consideración tenemos de la capacidad de la familia de anunciar el Evangelio? ¿Y a través de qué consideramos pasos de este anuncio?
- ¿Creamos las condiciones para que las familias se sientan protagonistas en la vida de la comunidad?
- ¿Qué apoyo ofrecemos a la transmisión de la fe en la vida familiar?
- ¿Sabemos educar en el sentido de la fecundidad?

A nivel de Acción Católica

- ¿Involucramos a las familias en la vida de la Asociación? ¿Cómo?
- ¿Sabemos hacerlas partícipes de los caminos formativos?
- ¿Cómo contribuimos a abrir a las familias a una responsabilidad más amplia?
- ¿Qué redes logramos construir entre las familias de la Asociación y de nuestra comunidad?

A nivel social/comunitario

- ¿Cómo describiríamos los valores o contravalores que predominan hoy en la vida familiar y matrimonial en orden a las relaciones interpersonales?
- ¿Qué consolida como modelo social, este tipo de relaciones?
- ¿Cómo se percibe en la realidad concreta de nuestra sociedad la experiencia de la maternidad y la paternidad?

Como conclusión de esta triple mirada

- ¿Qué acciones concretas podemos proponernos para transformar positivamente la realidad a partir de lo compartido?

Proponerse tres acciones

4. La alianza Iglesia-familia

La espiritualidad que es propia del matrimonio y de la familia es «una espiritualidad del cuidado», en la que se puede advertir la ternura de Dios y la permanente provocación del Espíritu. Brindar cuidados, sostenerse y estimularse mutuamente es parte viva de la espiritualidad familiar. Una espiritualidad que se alimenta de la oración:

Se pueden encontrar algunos minutos cada día para estar unidos ante el Señor vivo, decirle las cosas que preocupan, rezar por las necesidades familiares, rezar por alguien que está pasando un momento difícil, pedirle ayuda para amar, darle gracias por la vida y por las cosas buenas, pedir a la Virgen que nos proteja con su manto de madre. Con palabras simples, este momento puede hacer muchísimo bien a la familia.
(A L 318)

Una espiritualidad que en la celebración de la Eucaristía encuentra la fuerza y el estímulo para vivir cada día la alianza matrimonial como “Iglesia doméstica” (AL 318) y que sobre todo se afianza en el abrirse del corazón a las necesidades de los más débiles (cfr. AL 324).

Pero el cuidado es también el estilo con el que la Iglesia está llamada a dirigirse a la familia. Hay necesidad de una Iglesia que se redescubra familia, que se reconozca en un estilo familiar.

La Iglesia es familia de familias, constantemente enriquecida por la vida de todas las iglesias domésticas. Por lo tanto, ‘en virtud del sacramento del matrimonio cada familia se convierte a todos los efectos en un bien para la Iglesia. En esta perspectiva, para el hoy de la Iglesia será ciertamente un don valioso considerar también la reciprocidad entre familia e Iglesia: la Iglesia es un bien para la familia, la familia es un bien para la Iglesia. Custodiar este don sacramental del Señor corresponde no sólo a la familia individualmente, sino a toda la comunidad cristiana. (AL 87)

La alianza Iglesia-familia es el camino indicado por *Amoris Laetitia*, una alianza esencial para el anuncio del Evangelio, para la vida misma de la Iglesia y para la vida de las personas. Pero este volver a dar centralidad a la familia no quiere decir simplemente extender el campo de la pastoral familiar, encontrar nuevos slogans en torno a

los cuales organizar iniciativas y promover debates. Hay necesidad de crear una mentalidad nueva, de repensar la pastoral y en consecuencia los tiempos, los modos, en algunos casos también los lugares, volviendo a partir de las familias. No una pastoral que mira exclusivamente a los individuos, de los que se hace cargo en relación a determinadas ocasiones o a sus determinadas condiciones de vida. Hay necesidad de superar la lógica de la pastoral hecha en trozos pequeños, de las especializaciones sectoriales, para recuperar el sentido de la unidad de la vida de la persona y de su ser-en-relación. La parroquia, como comunidad cristiana concreta, puede desempeñar un rol decisivo en tal sentido, porque es en la parroquia que debe poder advertirse el carácter acogedor de la Iglesia, de una Iglesia según el Evangelio con las puertas siempre abiertas. Y en la parroquia, como recuerda *Amoris Laetitia*, “se armonizan las contribuciones de las pequeñas comunidades, de los movimientos y de las asociaciones eclesiales” (AL 202).

Pero esto requiere la superación de visiones funcionalistas. Todavía estamos demasiado habituados a pensar en términos de iniciativas para las familias, a movernos en la lógica de un activismo pastoral. Ha llegado el tiempo de saber ponerse en discusión *apuntando a lo esencial*. Y lo esencial es hoy que

cada vez más familias (en la simplicidad y en la normalidad de su vida) sepan dar el anuncio alegre del Evangelio y el testimonio bello del encuentro con el Señor que cambia la vida.

Los padres sinodales insistieron en que las familias cristianas, por la gracia del sacramento nupcial, son los principales sujetos de la pastoral familiar. (AL 200)

Lo esencial es hoy hacerse cargo de la vida concreta de las familias en la diversidad de las situaciones, para que cada uno se sienta acogido, alentado y apoyado en la búsqueda de Dios; para que cada uno pueda advertir en la ternura de la comunidad una ternura de madre, el amor misericordioso de Dios que levanta y regenera.

Es verdad que muchos matrimonios desaparecen de la comunidad cristiana después del casamiento, pero muchas veces desperdiciamos algunas ocasiones en que vuelven a hacerse presentes, donde podríamos reproponerles de manera atractiva el ideal del matrimonio cristiano y acercarlos a espacios de acompañamiento: me refiero, por ejemplo, al bautismo de un hijo, a la primera comunión, o cuando participan de un funeral o del casamiento de un pariente o amigo. Casi todos los matrimonios



reaparecen en esas ocasiones, que podrían ser mejor aprovechadas. Otro camino de acercamiento es la bendición de los hogares o la visita de una imagen de la Virgen, que dan la ocasión para desarrollar un diálogo pastoral acerca de la situación de la familia. También puede ser útil asignar a matrimonios más crecidos la tarea de acompañar a matrimonios más recientes de su propio vecindario, para visitarlos, acompañarlos en sus comienzos y proponerles un camino de crecimiento. Con el ritmo de vida actual, la mayoría de los matrimonios no estarán dispuestos a reuniones frecuentes, y no podemos reducirnos a una pastoral de pequeñas élites. Hoy, la pastoral familiar debe ser fundamentalmente misionera, en salida, en cercanía, en lugar de reducirse a ser una fábrica de cursos a los que pocos asisten. (AL 230)

Una pastoral de proximidad requiere que se sepa estar al lado en los momentos de crisis que signan inevitablemente la vida de las familias.

La historia de una familia está surcada por crisis de todo tipo, que también son parte de su dramática belleza. Hay que ayudar a descubrir que una crisis superada no lleva a una relación

con menor intensidad sino a mejorar, asentar y madurar el vino de la unión. No se convive para ser cada vez menos felices, sino para aprender a ser felices de un modo nuevo, a partir de las posibilidades que abre una nueva etapa. Cada crisis implica un aprendizaje que permite incrementar la intensidad de la vida compartida, o al menos encontrar un nuevo sentido a la experiencia matrimonial. De ningún modo hay que resignarse a una curva descendente, a un deterioro inevitable, a una soportable mediocridad. Al contrario, cuando el matrimonio se asume como una tarea, que implica también superar obstáculos, cada crisis se percibe como la ocasión para llegar a beber juntos el mejor vino. Es bueno acompañar a los cónyuges para que puedan aceptar las crisis que lleguen, tomar el guante y hacerles un lugar en la vida familiar. Los matrimonios experimentados y formados deben estar dispuestos a acompañar a otros en este descubrimiento, de manera que las crisis no los asusten ni los lleven a tomar decisiones apresuradas. Cada crisis esconde una buena noticia que hay que saber escuchar afinando el oído del corazón. (AL 232)

Pero esto requiere una cercanía que se construye en el tiempo. Y sobre todo, requiere delicadeza.

Para enfrentar una crisis se necesita estar presentes. Es difícil, porque a veces las personas se aíslan para no manifestar lo que sienten, se arrinconan en el silencio mezquino y tramposo. En estos momentos es necesario crear espacios para comunicarse de corazón a corazón. El problema es que se vuelve más difícil comunicarse así en un momento de crisis si nunca se aprendió a hacerlo. Es todo un arte que se aprende en tiempos de calma, para ponerlo en práctica en los tiempos duros. Hay que ayudar a descubrir las causas más ocultas en los corazones de los cónyuges, y a enfrentarlas como un parto que pasará y dejará un nuevo tesoro. Pero las respuestas a las consultas realizadas remarcan que en situaciones difíciles o críticas la mayoría no acude al acompañamiento pastoral, ya que no lo siente comprensivo, cercano, realista, encarnado. Por eso, tratemos ahora de acercarnos a las crisis matrimoniales con una mirada que no ignore su carga de dolor y de angustia. (AL 234)

Hay después situaciones de sufrimiento particular que necesitan

ser acogidas y comprendidas en su dramaticidad y sostenidas.

“Los Padres indicaron que «un discernimiento particular es indispensable para acompañar pastoralmente a los separados, los divorciados, los abandonados. Hay que acoger y valorar especialmente el dolor de quienes han sufrido injustamente la separación, el divorcio o el abandono, o bien, se han visto obligados a romper la convivencia por los maltratos del cónyuge. El perdón por la injusticia sufrida no es fácil, pero es un camino que la gracia hace posible. De aquí la necesidad de una pastoral de la reconciliación y de la mediación, a través de centros de escucha especializados que habría que establecer en las diócesis». Al mismo tiempo, «hay que alentar a las personas divorciadas que no se han vuelto a casar —que a menudo son testigos de la fidelidad matrimonial— a encontrar en la Eucaristía el alimento que las sostenga en su estado. La comunidad local y los pastores deben acompañar a estas personas con solicitud, sobre todo cuando hay hijos o su situación de pobreza es grave». Un fracaso familiar se vuelve mucho más traumático y doloroso cuando hay pobreza, porque hay muchos menos recursos para reorientar la



existencia. Una persona pobre que pierde el ámbito de la tutela de la familia queda doblemente expuesta al abandono y a todo tipo de riesgos para su integridad. (AL 242)

Nadie debe sentirse excluido de la comunidad eclesial.

A las personas divorciadas que viven en nueva unión, es importante hacerles sentir que son parte de la Iglesia, que «no están excomulgadas» y no son tratadas como tales, porque siempre integran la comunión eclesial. Estas situaciones «exigen un atento discernimiento y un acompañamiento con gran respeto, evitando todo lenguaje y actitud que las haga sentir discriminadas, y promoviendo su participación en la vida de la comunidad. Para la comunidad cristiana, hacerse cargo de ellos no implica un debilitamiento de su fe y de su testimonio acerca de la indisolubilidad matrimonial, es más, en ese cuidado expresa precisamente su caridad».
(AL 243)

Y no hay que dejar solo a nadie, sobre todo cuando está en juego el bien de los hijos.

Las comunidades cristianas no deben dejar solos a los padres divorciados en nueva unión. Al contrario, deben incluirlos y

acompañarlos en su función educativa. Porque, «¿cómo podremos recomendar a estos padres que hagan todo lo posible para educar a sus hijos en la vida cristiana, dándoles el ejemplo de una fe convencida y practicada, si los tuviésemos alejados de la vida en comunidad, como si estuviesen excomulgados? Se debe obrar de tal forma que no se sumen otros pesos además de los que los hijos, en estas situaciones, ya tienen que cargar». Ayudar a sanar las heridas de los padres y ayudarlos espiritualmente, es un bien también para los hijos, quienes necesitan el rostro familiar de la Iglesia que los apoye en esta experiencia traumática. El divorcio es un mal, y es muy preocupante el crecimiento del número de divorcios. Por eso, sin duda, nuestra tarea pastoral más importante con respecto a las familias, es fortalecer el amor y ayudar a sanar las heridas, de manera que podamos prevenir el avance de este drama de nuestra época. (AL 246)

Es necesario discernir y ayudar a discernir.

Un pastor no puede sentirse satisfecho sólo aplicando leyes morales a quienes viven en situaciones «irregulares», como si fueran rocas que se lanzan sobre la vida de las personas. Es

el caso de los corazones cerrados, que suelen esconderse aun detrás de las enseñanzas de la Iglesia «para sentarse en la cátedra de Moisés y juzgar, a veces con superioridad y superficialidad, los casos difíciles y las familias heridas». En esta misma línea se expresó la Comisión Teológica Internacional: «La ley natural no debería ser presentada como un conjunto ya constituido de reglas que se imponen a priori al sujeto moral, sino que es más bien una fuente de inspiración objetiva para su proceso, eminentemente personal, de toma de decisión». A causa de los condicionamientos o factores atenuantes, es posible que, en medio de una situación objetiva de pecado — que no sea subjetivamente culpable o que no lo sea de modo pleno— se pueda vivir en gracia de Dios, se pueda amar, y también se pueda crecer en la vida de la gracia y la caridad, recibiendo para ello la ayuda de la Iglesia. El discernimiento debe ayudar a encontrar los posibles caminos de respuesta a Dios y de crecimiento en medio de los límites. Por creer que todo es blanco o negro a veces cerramos el camino de la gracia y del crecimiento, y desalentamos caminos de santificación que dan gloria a Dios. Recordemos que «un pequeño paso, en medio de grandes límites humanos, puede

ser más agradable a Dios que la vida exteriormente correcta de quien transcurre sus días sin enfrentar importantes dificultades». La pastoral concreta de los ministros y de las comunidades no puede dejar de incorporar esta realidad. (A. 305)

No se debe dejar de anunciar el Evangelio de la familia, de proponer la belleza del matrimonio. Una pastoral que consolida y previene es más importante que una pastoral de los fracasos.

Para evitar cualquier interpretación desviada, recuerdo que de ninguna manera la Iglesia debe renunciar a proponer el ideal pleno del matrimonio, el proyecto de Dios en toda su grandeza: «Es preciso alentar a los jóvenes bautizados a no dudar ante la riqueza que el sacramento del matrimonio procura a sus proyectos de amor, con la fuerza del sostén que reciben de la gracia de Cristo y de la posibilidad de participar plenamente en la vida de la Iglesia». La tibieza, cualquier forma de relativismo, o un excesivo respeto a la hora de proponerlo, serían una falta de fidelidad al Evangelio y también una falta de amor de la Iglesia hacia los mismos jóvenes. Comprender las situaciones excepcionales nunca implica ocultar la luz del ideal más pleno



ni proponer menos que lo que Jesús ofrece al ser humano. Hoy, más importante que una pastoral de los fracasos es el esfuerzo pastoral para consolidar los matrimonios y así prevenir las rupturas. (AL 307)

Pero la lógica que debe guiar la acción de la Iglesia es siempre la de la misericordia. Una lógica que impulsa a ponerse en camino para sostener el camino hacia el Señor que cada uno está llamado a recorrer en la unicidad de su historia personal.

Esto nos otorga un marco y un clima que nos impide desarrollar una fría moral de escritorio al hablar sobre los temas más delicados, y nos sitúa más bien en el contexto de un discernimiento pastoral cargado de amor misericordioso, que siempre se inclina a comprender, a perdonar, a acompañar, a esperar, y sobre todo a integrar. Esa es la lógica que debe predominar en la Iglesia, para «realizar la experiencia de abrir el corazón a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales». Invito a los fieles que están viviendo situaciones complejas, a que se acerquen con confianza a conversar con sus pastores o con laicos que viven entregados al Señor. No siempre encontrarán en ellos una confirmación de sus propias

ideas o deseos, pero seguramente recibirán una luz que les permita comprender mejor lo que les sucede y podrán descubrir un camino de maduración personal. E invito a los pastores a escuchar con afecto y serenidad, con el deseo sincero de entrar en el corazón del drama de las personas y de comprender su punto de vista, para ayudarles a vivir mejor y a reconocer su propio lugar en la Iglesia. (AL 312)



Signos de interrogación

A nivel personal

- ¿Qué puesto tiene la oración en mi familia? ¿Somos capaces de rezar los unos por los otros? ¿Encontramos en la Eucaristía el centro y la fuente permanente de nuestro estar juntos?
- ¿Hacemos memoria de los momentos atravesados de dificultad y de crisis. Qué han significado? ¿Cómo los hemos vivido? ¿Qué o quién nos han ayudado?
- ¿Cómo nos relacionamos con quién vive situaciones llamadas “irregulares”?

A nivel de Iglesia

- ¿Qué conocimiento tenemos de las historias familiares?
- ¿De qué manera la comunidad llega a estar al lado en los

momentos de dificultad y de crisis?

- ¿Cuál es la atención a las familias heridas? ¿Nuestra comunidad es capaz de brindar acogida?
- ¿Cuán atentos estamos a la situación de quien es más frágil, de los hijos en particular?
- ¿Hay experiencias de apoyo en el discernimiento?

A nivel de Acción Católica

- ¿Nuestros grupos son lugares en los que se experimenta la proximidad?
- ¿Estamos abiertos a recibir a quien vive situaciones de especial sufrimiento?
- ¿Somos capaces de proponer y de sostener caminos de discernimiento?

A nivel social/comunitario

- ¿Cuáles son las principales heridas familiares que observamos en nuestro entorno social/comunitario?
- ¿Qué incidencia tienen en adultos y en jóvenes y niños estas heridas?
- ¿Qué signos de vulnerabilidad están presentes en el horizonte familiar de nuestra propia comunidad?
- ¿Qué atención ponemos en la fragilidades familiares que origina

la pobreza, la inmigración, la desocupación, la violencia, etc.?

Como conclusión de esta triple mirada

- ¿Qué acciones concretas podemos proponernos para transformar positivamente la realidad a partir de lo compartido?



Proponerse tres acciones

5. La contribución de la Acción Católica

Corresponde también en este sentido el compromiso de la Acción Católica. Su propuesta ha sido siempre importante para la vida de las familias y hoy lo es más que nunca. Basta pensar en el diálogo entre las generaciones, la corresponsabilidad difundida, el sentido del acompañamiento que se experimentan en la Acción Católica. Al asociar a niños, jóvenes, alumnos y trabajadores, personas de todas las generaciones y condiciones sociales, haciendo experimentar concretamente el sentido vivo de la comunidad y del amor por el propio país, la Acción Católica constituye un proyecto que está “al servicio” de las familias. Están en esta línea el servicio a los niños, todas las iniciativas que la Acción Católica realiza para los novios, las parejas jóvenes, para los progenitores, para los más pequeños, para los ancianos, para las familias en dificultades, el compromiso cultural y político, y sobre todo el compromiso formativo que es el corazón de la propuesta asociativa. Una formación seria, para todas las edades y para todos, una formación que a partir de la fe ayuda a encontrar criterios de discernimiento, orientaciones de sentido, a madurar elecciones y responsabilidades. Es esa educación de las conciencias jamás dada

totalmente, que acompaña cada tiempo de la vida y que es fundamental para afrontar adecuadamente la vida familiar.

Con la calidad de una vida asociativa y de recorridos formativos que no sólo cruzan sino que saben hacer participar a las familias en todos los niveles, la Acción Católica puede seguramente contribuir a hacer en modo que cada familia se sienta en la Iglesia como en casa, sea sostenida y acompañada en su camino y descubra el don del cual es portadora para la vida de la Iglesia y de toda la humanidad. Puede contribuir a quebrar el individualismo en el que nos refugiamos con frecuencia.

El individualismo de estos tiempos a veces lleva a encerrarse en un pequeño nido de seguridad y a sentir a los otros como un peligro molesto. Sin embargo, ese aislamiento no brinda más paz y felicidad, sino que cierra el corazón de la familia y la priva de la amplitud de la existencia. (AL 187)

Además del círculo pequeño que conforman los cónyuges y sus hijos, está la familia grande que no puede ser ignorada. Porque «el amor entre el hombre y la

mujer en el matrimonio y, de forma derivada y más amplia, el amor entre los miembros de la misma familia —entre padres e hijos, entre hermanos y hermanas, entre parientes y familiares— está animado e impulsado por un dinamismo interior e incesante que conduce la familia a una comunión cada vez más profunda e intensa, fundamento y alma de la comunidad conyugal y familiar». Allí también se integran los amigos y las familias amigas, e incluso las comunidades de familias que se apoyan mutuamente en sus dificultades, en su compromiso social y en su fe. (AL 196)

Es la que el Papa llama “familia amplia” o “familia ampliada”.

En esa familia grande puede haber algunos necesitados de ayuda, o al menos de compañía y de gestos de afecto, o puede haber grandes sufrimientos que necesitan un consuelo. (AL 187)

Pero ese es también el contexto en el que poder experimentar que nadie es dejado solo con su sufrimiento, su cansancio, su límite.

Esta familia grande debería integrar con mucho amor a las madres adolescentes, a los niños sin padres, a las mujeres solas que deben llevar adelante la

educación de sus hijos, a las personas con alguna discapacidad que requieren mucho afecto y cercanía, a los jóvenes que luchan contra una adicción, a los solteros, separados o viudos que sufren la soledad, a los ancianos y enfermos que no reciben el apoyo de sus hijos, y en su seno tienen cabida «incluso los más desastrosos en las conductas de su vida». También puede ayudar a compensar las fragilidades de los padres, o detectar y denunciar a tiempo posibles situaciones de violencia o incluso de abuso sufridas por los niños, dándoles un amor sano y una tutela familiar cuando sus padres no pueden asegurarla. (AL 197)

En conclusión, podemos decir que la que emerge de *Amoris Laetitia* es conjuntamente una imagen de familia y de Iglesia, de una Iglesia que es familia, que nos fascina y nos interpela: el sueño de una humanidad y de una Iglesia que no podemos no compartir y por la cual no podemos no elegir también consumirnos.

Oración a la Sagrada Familia

Jesús, María y José
en vosotros contemplamos
el esplendor del verdadero amor,
a vosotros, confiados, nos dirigimos.

Santa Familia de Nazaret,
haz también de nuestras familias
lugar de comunión y cenáculo de oración,
auténticas escuelas del Evangelio
y pequeñas iglesias domésticas.

Santa Familia de Nazaret,
que nunca más haya en las familias episodios
de violencia, de cerrazón y división;
que quien haya sido herido o escandalizado
sea pronto consolado y curado.

Santa Familia de Nazaret,
haz tomar conciencia a todos
del carácter sagrado e inviolable de la familia,
de su belleza en el proyecto de Dios.

Jesús, María y José,
escuchad, acoged nuestra súplica.

Amén.



*Exhortación Apostólica Postsinodal **Amoris laetitia**
del Santo Padre **Francisco***

a los obispos, a los presbíteros y diáconos, a las personas consagradas, a los esposos cristianos, y a todos los fieles laicos, sobre el amor en la familia

19 de marzo de 2016

ÍNDICE

La alegría del amor [1-7]

Capítulo primero

A LA LUZ DE LA PALABRA

Tú y tu esposa [9-13]

Tus hijos como brotes de olivo [14-18]

Un sendero de sufrimiento y de sangre [19-22]

La fatiga de tus manos [23-26]

La ternura del abrazo [27-30]

Capítulo segundo

REALIDAD Y DESAFÍOS DE LAS FAMILIAS

Situación actual de la familia [32-49]

Algunos desafíos [50-57]

Capítulo tercero

LA MIRADA PUESTA EN JESÚS: VOCACIÓN DE LA FAMILIA

Jesús recupera y lleva a su plenitud el proyecto divino [61-66]

La familia en los documentos de la Iglesia [67-70]

El sacramento del matrimonio [71-75]

Semillas del Verbo y situaciones imperfectas [76-79]

Transmisión de la vida y educación de los hijos [80-85]

La familia y la Iglesia [86-88]

Capítulo cuarto

EL AMOR EN EL MATRIMONIO

Nuestro amor cotidiano [90]

Paciencia [91-92]

Actitud de servicio [93-94]



Sanando la envidia [95-96]
Sin hacer alarde ni agrandarse [97-98]
Amabilidad [99-100]
Desprendimiento [101-102]
Sin violencia interior [103-104]
Perdón [105-108]
Alegrarse con los demás [109-110]
Disculpa todo [111-113]
Confía [114-115]
Espera [116-117]
Soporta todo [118-119]
Crecer en la caridad conyugal [120-122]
Toda la vida, todo en común [123-125]
Alegría y belleza [126-130]
Casarse por amor [131-132]
Amor que se manifiesta y crece [133-135]
Diálogo [136-141]
Amor apasionado [142]
El mundo de las emociones [143-146]
Dios ama el gozo de sus hijos [147-149]
Dimensión erótica del amor [150-152]
Violencia y manipulación [153-157]
Matrimonio y virginidad [158-162]
La transformación del amor [163-164]

Capítulo quinto

AMOR QUE SE VUELVE FECUNDO

Acoger una nueva vida [166-167]
El amor en la espera propia del embarazo [168-171]
Amor de madre y de padre [172-177]
Fecundidad ampliada [178-184]
Discernir el cuerpo [185-186]
La vida en la familia grande [187]
Ser hijos [188-190]
Los ancianos [191-193]
Ser hermanos [194-195]
Un corazón grande [196-198]

Capítulo sexto

ALGUNAS PERSPECTIVAS PASTORALES

Anunciar el Evangelio de la familia hoy [200-204]



Guiar a los prometidos en el camino de preparación al matrimonio [205-211]
Preparación de la celebración [212-216]
Acompañar en los primeros años de la vida matrimonial [217-222]
Algunos recursos [223-230]
Iluminar crisis, angustias y dificultades [231]
El desafío de las crisis [232-238]
Viejas heridas [239-240]
Acompañar después de rupturas y divorcios [241-246]
Algunas situaciones complejas [247-252]
Cuando la muerte clava su aguijón [253-258]

Capítulo séptimo

FORTALECER LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS

¿Dónde están los hijos? [260-262]
Formación ética de los hijos [263-267]
Valor de la sanción como estímulo [268-270]
Paciente realismo [271-273]
La vida familiar como contexto educativo [274-279]
Sí a la educación sexual [280-286]
Transmitir la fe [287-290]

Capítulo octavo

ACOMPañAR, DISCERNIR E INTEGRAR LA FRAGILIDAD

Gradualidad en la pastoral [293-295]
Discernimiento de las situaciones llamadas «irregulares» [296-300]
Circunstancias atenuantes en el discernimiento pastoral [301-303]
Normas y discernimiento [304-306]
La lógica de la misericordia pastoral [307-312]

Capítulo noveno

ESPIRITUALIDAD MATRIMONIAL Y FAMILIAR

Espiritualidad de la comunión sobrenatural [314-316]
Juntos en oración a la luz de la Pascua [317-318]
Espiritualidad del amor exclusivo y libre [319-320]
Espiritualidad del cuidado, del consuelo y del estímulo [321-325]

Oración a la Sagrada Familia

Publicación editada por el Secretariado del FIAC

Textos de Franco Miano y Giuseppina De Simone

Han participado como expertos en la Asamblea Extraordinaria del Sínodo de los Obispos *Los desafíos pastorales de la familia en el contexto de la evangelización* (octubre 2014) y en la Asamblea Ordinaria *La vocación y la misión de la familia en la Iglesia y en el mundo contemporáneo* (Octubre 2015)



FIAC – Forum Internazionale Acción Católica

Via della Conciliazione, 1 00193 Roma – Italia

Tel. 0039 06 661321/ 66132344 – fax 0039 06 6868755/ 66132360

www.catholicactionforum.org - info@catholicactionforum.org

Roma, 8 de abril de 2018 – *Domenica in Albis*

AMORIS LAETITIA

EN LA VIDA Y MISIÓN
DE LA ACCIÓN CATÓLICA

Quiero una Acción Católica en este pueblo, la parroquia, en la diócesis, en el país, barrio, en la familia, en el estudio y el trabajo, en lo rural, en los ámbitos propios de la vida.

En estos nuevos areópagos es donde se toman decisiones y se construye la cultura.

Papa Francisco
Discurso a los participantes en el Congreso
del Foro internacional de Acción Católica (FIAC)
27 de abril de 2017